

JOSÉ PEDRO GARCÍA PAREJO

# **LA CORDADA**



Macleín *y* Parker

**Primera edición**

Abril de 2018

**Del texto**

© José Pedro García Parejo, 2018

**De la portada**

© María Torres Subirá, 2018

[www.mariatorres.net](http://www.mariatorres.net)

**De esta edición**

© Macleín y Parker, 2018

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

**Edición y corrección**

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Diseño de la colección y maquetación**

Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Impresión**

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m<sup>2</sup>

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m<sup>2</sup>

ISBN: 978-84-948261-5-3

Depósito Legal: SE-689-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Gritó, golpeó la puerta, trató de forzarla con el hombro y después, mirando por las ventanas, vio que el lugar estaba vacío.

JOHN CHEEVER, *El nadador*

Al final descubrí un truco para poder dormir un poco. Duermo en la cama de mi marido. De esa manera, la cama vacía que miro es la mía.

AMY HEMPEL, *Nashville reducida a cenizas*

## LA CORDADA



Irvine no era de esos que se andan con rodeos.

—¿Quién irá delante?

—¡Dios Santo, Andrew! ¿Lo dudas? ¡Te has acostado con mi mujer, maldita sea! ¡Déjame hacer cima primero!  
—respondió Mallory.

Apenas cabía un soplido entre ambos. Conversaban oreja con oreja. Los brazos cruzados y los guantes en las axilas. Atendían a la oscilación de la llama de la lámpara.

—No seas llorica, George. ¡Te acostaste con Ruth, te acostaste con Ruth! ¡La misma cantinela! Además, careces de motivos, te la has tirado más veces que yo, egoísta. —Andrew Irvine se acurrucó contra su compañero. George Mallory se tragó la carcajada: no quería parecer un perfecto gilipollas.

Era junio y tiritaban. De ninguna manera se parecía al frío del primer baño del verano; ni tampoco al frío de una amanecida, de camino a casa con una buena pinta en la mano, tras recibir la patada del tabernero; ni, desde luego, el que estremece cuando levantas un muñeco de nieve con tu hijo. Ambos se preguntaban qué aspecto tendrían los dedos de sus pies.

—Si la cosa fracasa, ¿nos darán trabajo a nuestra vuelta, George? ¿Querrá alguien a un tipo con tres dedos menos en la mano izquierda?

—Aún los conservas, ¿no?

—No quiero quitarme los guantes, estaban ennegrecidos la última vez.

—¡Bah! Déjate de sandeces, Andy. Quizás te cueste llamar a un taxi, pero no tendrás dificultades para seguir engatusando a mujeres decentes. Podrás continuar con tu vida libertina, desvalijando a pobres mujeres solitarias, regando sus ilusiones con tu sonrisilla de marfil y tus bíceps de remero de Oxford. No obstante, si te preocupan ahora esas salchichas, es que reciben sangre aún. Cuando los pierdas no sabrás dónde.

—¡Vamos, George! Lo mío es asistencia social; nunca diste menos explicaciones que en el tiempo que Ruth frecuentaba mi cama.

—Tuviste suerte, chico. Si os hubiera pescado, no dudes que hubieras recurrido a una oración de urgencia.

—No creo en Dios.

—¿Ni siquiera aquí arriba?

—Si existe, espero que tenga suficiente leña para la chimenea.

—¿A quién diriges tus oraciones entonces cuando estás con el agua al cuello? —Mallory solo rezó una vez en su vida: en la primera bomba alemana del Marne, pronto se percató de que, si en una guerra te paras mucho a rezar, el Altísimo te recibe personalmente tarde o temprano.

—A Justerini & Brooks, a Babilonio y a George Mallory.

—¿Babilonio?

Una ráfaga de viento zarandeo la tienda.

—Mi apuesta para este año en el hipódromo de Aintree.

Se levantarían antes del alba para preparar el material y los víveres, repasarían el plan, se desearían suerte e insultarían a la cumbre como ritual para conjurar la fortuna.

—Soy inglés. —Mallory no encontraba mayor argumento de ataque a la hora de defender su puesto en la cordada.

—Y yo, ¿es que tengo pinta de francés? Soy más inglés que ese tartajoso del príncipe Jorge.

—¡Mentira! Eres un paleta escocés, tu madre te parió entre boñigas de oveja. ¿Acaso el *Telegraph* nos sacará en portada si se entera de que un escocés ha sido el primero en coronar el techo del mundo?

—¡Soy inglés, soy inglés! Nací en el mismísimo condado de Merseyside.

—Vamos, no me jodas, Andrew, sabes perfectamente que eso es el sobaco de Inglaterra, es más, ¡Merseyside es Escocia! Preferiría haber nacido en Irlanda que en Merseyside. Prefiero alimentarme de mondas de patatas que de la leche agria de una oveja escocesa.

—Ni que hubieras nacido en Kesington, ¿eres de Cheshire! ¿Sabes cómo llaman en Londres a los de Cheshire? —Andrew estimaba a Mallory; le había enseñado todo lo que sabía sobre montañismo.

«Nunca debí haber llevado a Ruth a casa», pensaba Andrew Irvine últimamente.

—¿Cómo, Andy, cómo? Ilústreme una vez más, sorpréndeme con tus ingeniosas repuestas.

—¡Los que huelen el sobaco de Inglaterra! Observa tu nariz, encogida como el cuello de una tortuga asustada desde el primer día de tu vida.

A George Mallory nunca le importó mucho la sangre que circulaba en sus compañeros de cordada. Se esforzaba en tratar a todos por igual, se fiaba más de la mirada que de la partida de nacimiento. En la Gran Guerra había aprendido que a toda la Humanidad se le escapaban los pedos por el mismo orificio —en realidad, dudaba únicamente de los pakistaníes, a juzgar por su aliento, por más que lo atribuyeran a la comida picante—. Mallory consideraba que la mirada de Andrew Irvine era la mirada de alguien que caminaba en línea recta.

«Pero debo ser el primero, maldita sea, difícilmente podré hacer algo más grande en la vida», pensó George Mallory.

—Soy más viejo, Andrew. Tienes veintidós, te restan quince años de escalada, hay más retos, concédele este capricho a tu maestro.

—¿De verdad piensas que saldremos en el *Telegraph*?

—Si se enteran de que ha coronado un escocés, no.

—Mentiremos pues, llegaré primero y diremos a los plumillas que fuiste tú.

—No digas estupideces, ¿de qué sirve hacer historia si no puedes contarlo? —Mallory hablaba con palabras de piedra. Los días de ascensión habían desgastado su físico hasta el límite—. Además, no eres de fiar, eres escocés.

En el exterior de la tienda de campaña sonaba la ventisca. Los copos de nieve tamborileaban en la tela de la tienda. El tiempo era benigno para ser el Himalaya. Habían

instalado el *campamento* 6 dos horas antes y se habían ido a descansar. Los *sherpas* habían acabado su trabajo y se habían escabullido ladere abajo, al *campamento* 5. La cima estaba demasiado cerca para ellos. Sus dioses moraban, por lo visto, allá arriba y era poco apropiado escuchar los ronquidos de seres divinos. Odell y Hazard, compañeros de expedición, también habían descendido al C-5: en la primera tentativa no corresponde el máximo honor; se conformarían con sus funciones logísticas.

—Me juego cinco chelines a que no llevas ropa interior.  
—Mallory no tenía sueño. La hipoxia dificultaba conciliar el sueño. No tenía otra cosa mejor que hacer que convencer a Irvine.

—Solo prescindo de ella cuando visito a tu mujer.

—Escocés del demonio —farfulló Mallory.

En el suelo de la tienda había restos de la cena: migas de pan duro, sobres de té, un par de escudillas.

Aquella noche del 7 de junio de 1924 eran los dos humanos más alejados del infierno.

—¿Y no podemos tocarla juntos, en amor y compañía, George, como dos novios vírgenes, agarraditos de la mano?

—No existen posibilidades de hacer tamaña cursilería. El tramo previo es una cresta de cien yardas aproximadamente, en la cual practicaremos funambulismo. Recuerda, por otro lado, que iremos atados con una separación de seguridad. En algún momento te despeñarás y tu cuerpo esbelto, pero inexperto, acabará en el fondo de una grieta. De esta manera cabrá una posibilidad mínima de que te salve.



—¿Y coronarías con total tranquilidad si la grieta me engullera? ¿Serías capaz?

—Lo haría por Inglaterra, amigo mío.

—¿Visitarías a mi madre, George? —El tono del joven se ensombreció.

—Claro, no te preocupes, llamaría a la puerta de la pocilga donde naciste y diría compungido: «Señora, su chico ha muerto a un tiro de piedra del Cielo», y añadiría: «Explíqueme, si es tan amable, a cuál de sus progenitores hay que agradecerle los pies de pato del chaval».

El viento impidió que se oyeran mutuamente las risas.

—Cuéntame historietas de la guerra. —Andrew Irvine necesitaba el rumor monótono de una voz humana para conciliar el sueño.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Que estaba en el frente mientras a ti se te caían los mocos en la escuela? Sí, sí, sí, ya sé que me vas a refregar eso de que eras un niño especial y que enviaste a la Oficina de Guerra el diseño del interruptor mecánico...

—Interruptor mecánico de ametralladora de avión, ideal para disparar sin dañar las aspas —puntualizó Andrew.

—Sí, sí, sí... bla, bla, bla... y yo en el frente, enterrado en vida, en una trinchera en medio de la nada, y para colmo he de aguantar que un niñato me dispute la gloria de convertirme en el primer humano en coronar el Everest.

—Un niñato que se acostó con tu mujer, no lo olvides.

Una foto de Ruth descansaba cerca del corazón de George Mallory. Consistía en una de esas intimidades que un hombre jamás se dejaría arrancar. Del mismo modo, Andrew Irvine sentía en el corazón una especie de pellizco

provocado por una traición a un amigo, de la cual estaba profundamente arrepentido.

—Caramba, la guerra... Te puedo contar multitud de cosas. Te puedo contar a qué sabe la carne de rata, por ejemplo, te puedo contar cómo me acordaba del olor del pan recién horneado cada puñetero día, te puedo contar cómo se acumulaba la tensión en las cervicales en cada silbido de bala —las palabras rodaban con parsimonia hasta los oídos de Andrew Irvine—, o lo rápido que aprendí a decir «no me mates» en alemán, *bring mich nicht um, bring mich nicht um*, o la belleza de Gante, escondida entre el humo de los bombardeos, o cómo nos meábamos en los pantalones justo antes de saltar de la trinchera, o cómo el sargento Anderson nos abrazaba a todos llamándonos con el nombre de su hijo, o el día que tuve la sensación de estar muerto aun siendo consciente de que me latía el corazón, o cómo el rostro de tus padres se difumina conforme avanzan las horas o cómo llegué a abandonar en el barro de la trinchera la ilusión de explorar el Himalaya.

La mañana del 8 de junio de 1924 Nicolas Odell, desde el *campamento 5*, procuró vigilar la ruta de sus compañeros con la ayuda de un telescopio. Unos días después escribió en su diario lo siguiente: «Toda la arista somital y la cumbre del Everest se hallaban despejadas. Mis ojos quedaron fijos en el pequeño punto negro que se remontaba en una cresta de nieve situada debajo de un resalte rocoso de la arista; el punto negro se movió. Al cabo de un minuto aproximadamente apareció otro punto negro que se desplazó por la nieve hasta reunirse en la cresta

con el primero. Este se aproximó entonces al gran escalón rocoso y, al poco, apareció en lo alto; el segundo le imitó. De repente, toda aquella fascinante visión se desvaneció envuelta en nubes. Esa fue la última vez que los vi».

—¿George? —Irvine aguardó a que su compañero recobrar el aliento.

Llevaban las bocas cubiertas y debían acercarlas a los oídos para escucharse.

Mallory acababa de decidir que en otra vida se dedicaría al críquet y no caminaría por encima de los mil quinientos pies.

Un suelo de nubes rodeaba el gran escalón rocoso.

—¿Qué ocurre, Andrew? No me pidas parar a comer porque no veo ningún café por aquí.

—Quiero pedirte disculpas.

—Disculpado, bastante carga soportas siendo de Merseyside.

Fin.